

Reseña “Figuraciones del Mal: Perpetradores y Violencia Política en el teatro chileno contemporáneo”

Dra. Loreto López G¹

lorelopez@ug.uchile.cl

El libro *Figuraciones del Mal: Perpetradores y Violencia Política en el teatro chileno contemporáneo* (2019), de Alicia del Campo y Daniela Capona, se inscribe en el campo de estudio de la memoria, desde la arista de lo que Aleida Assman (2011) ha llamado memoria cultural, es decir de la producción de imágenes y sentidos sobre el pasado, a través de diversas figuras de rememoración, como serían en este caso las obras de teatro que son analizadas, y la forma en que en ellas se ofrece una “figuración del mal” o de los represores, como emblema del mal ejercido durante la dictadura cívico-militar chilena (1973-1990).

El libro, y a la vez la propia producción teatral que analiza - *Lucía* (2016), de Ximena Carrera; *El hotel* (2016), de Alexis Moreno; *En el Jardín de Rosas: Sangriento Vía Crucis del Fin de los Tiempos* (2015), de Carla Zúñiga y *Cordillera* (2015), de Felipe Carmona- se adelanta al creciente interés que en el campo de estudio sobre memoria ha concitado la figura del perpetrador.² Como suele ocurrir, la producción cultural va a la vanguardia de los problemas que en el ámbito de la investigación académica siempre son más tardíos. Muchos dilemas relacionados con el procesamiento de nuestro pasado de violencia, son tempranamente tratados por el teatro, la literatura, el cine, el documental y, desde hace un tiempo, también a través de las series televisivas. De ahí que resulta indiscutible que la investigación en el campo de la memoria, debe concitar un esfuerzo interdisciplinario en su aproximación a los problemas, ya no sólo entre los saberes de las ciencias y las humanidades, sino con las disciplinas artísticas quienes han sido capaces de poner en escena asuntos de gran complejidad.

Digo que se trata de asuntos complejos, porque desde la primera parte del libro las autoras nos sitúan en el campo de las deliberaciones morales, en este sentido, trazan un camino interpretativo que sin duda linda con la filosofía de la moral y la filosofía política. Al abordar el problema del “mal” se arriesgan en un tema que curiosamente ha sido poco abordado en el caso chileno. Pareciera que ha habido cierto pudor de hablar del mal, derechamente. Y del impacto que la dictadura tuvo en la conciencia moral de nuestra sociedad, entendida como una fuerza “remolarizante” o “inmoralizante”, quizás.

Conocemos el mal a través de los mal-hechores, es decir de quienes

1 Antropóloga, Programa Psicología Social de la Memoria Universidad de Chile

2 Véase por ejemplo los tempranos trabajos de Claudia Feld sobre el juicio a las juntas en Argentina y la reciente publicación *Las voces de la represión. Declaraciones de perpetradores de la dictadura argentina* (2019) Claudia Feld y Valentina Salvi (eds.), la compilación pionera *Memorias militares sobre la represión del Cono Sur: visiones en disputa en dictadura y democracia* (2005), Madrid Siglo XXI, entre otros. Más recientemente la creación de la *Perpetrators Studies Network* en la Universidad de Utrecht junto a su *Journal of Perpetrator Research* (JPR).

ejecutaron el mal a través de la práctica del terror estatal extremo, como fue la detención, la tortura, el asesinato y la desaparición, o como también proponen las obras de teatro, por medio de acciones de colaboración, obsecuencia y consentimiento con la violencia. Por cierto mucho de lo que conocemos del mal ejercido durante la dictadura deriva de la voz de quienes padecieron el mal, y no tanto por la palabra propia de quienes lo ejecutaron, reconociendo sus aberraciones en libros y publicaciones de propia autoría donde confiesen sus crímenes. Luego, tampoco es fácil el acceso a las declaraciones judiciales de los mal-hechores, si es que en ellas reconocen algo del mal obrado. Por lo tanto el trabajo de tratar de entender y situar el mal es arduo, conocemos las consecuencias del mal, el miedo y el terror que esparció por la sociedad, por ejemplo, y evidentemente el daño causado.

Por lo tanto, la primera parte del libro trata de buscar las coordenadas para interpretar el mal. En esa búsqueda aparecen dos desplazamientos. Primero tratar de salir del mal como una expresión de lo monstruoso. Esta ha sido una insistencia también de otros análisis, porque en muchas de las memorias de las víctimas, los perpetradores adquirían dimensiones monstruosas, pues sus actos efectivamente fueron atroces, inimaginables y horrorosos. Y porque para quienes recibían esos relatos resultaba difícil entender esas acciones como parte de lo humano. Salir de lo monstruoso como excepcional, ha sido un movimiento importante, también frente a la desresponsabilización institucional que limitó los crímenes al ámbito de los “excesos personales”, tesis que no ha desaparecido de la retórica militar.

Entonces, se introduce otra alternativa que ha sido pensar en los perpetradores como “personas comunes”, porque también en los relatos de las víctimas se advierte lo “ordinario” de ciertas conductas cotidianas. Se ha tendido a pensar que los perpetradores son gente como cualquiera. Allí las autoras recurren el concepto de banalidad del mal que introdujo Hannah Arendt (2005) a través de su reporte del juicio contra Adolf Eichmann en Jerusalén.

Efectivamente puede decirse que en la ejecución de la violencia, en su complicidad, colaboración y obsecuencia, hubo bastante banalidad, en el sentido arendtiano de “irreflexividad”. Hasta el día de hoy, la gente común se niega a pensar en lo ocurrido frente a sus narices, a lo que Norbert Lechner (2002) se refirió como “memorias banales”.³ Vale decir, hubo renuncia a pensar por sí mismos, como diría Arendt.

Sin embargo, para el caso específico de lo que podía llamarse “perpetrador institucional”, que es en parte el que aparece retratado en las obras de teatro analizadas, no parece viable únicamente acudir a la banalidad del mal. Cuando Arendt retrató a Eichmann, se trató efectivamente de un perpetrador institucional, pero de un burócrata de los crímenes en masa, es decir de alguien que coordinó o colaboró con acciones de exterminio desde su escritorio (*buró*). Y en el caso de una parte de los malos que nos muestran las obras, no son burócratas, son personas que han aplicado la violencia cuerpo a cuerpo. Son los que están en contacto con la sangre que Eichmann dijo nunca haber visto.

3 Para un análisis de memorias de personas que podrían ser consideradas “gente común” o “resto de la sociedad”, véase *“A mí no me pasó”*. *Memorias del miedo en personas que no fueron víctimas de violaciones a los derechos humanos*. Loreto López G. (2018) Tesis para optar al grado de Doctora en Ciencias Sociales, Universidad de Chile.

Por otra parte, Arendt se refería a Eichmann como un “idiota moral” pues era incapaz de comprender moralmente lo que había hecho, o reconocer el mal al cual había contribuido. Ese hallazgo fue posible porque Eichmann estaba siendo juzgado y hubo un espacio social dedicado a escuchar sus argumentos y justificaciones. En el caso de los perpetradores retratados en las obras, vemos personas que “banalizan” el mal pero en el sentido de “desdramatizarlo”, usando un habla coloquial que agudiza lo macabro al acudir incluso al humor en torno a la violencia. Sin duda se trata de un posicionamiento ante el mal y el daño anclado en una tradición que daña deliberada y voluntariamente a quien considera su enemigo. Tal vez lo que se nos escapa, y para lo cual necesitamos una reflexión más profunda, es sobre el perpetrador institucional y su disposición a dejar de pensar por sí mismo. En este caso sobre el soldado o los hombres y mujeres de las Fuerzas Armadas, específicamente, lo que probablemente no sea aplicable a las otras figuras de perpetradores que presentan las obras, sobre todo para esa mayor variedad que se ofrece en las figuras femeninas.

Acertadamente el libro acude a la obra de Hernán Vidal, la que lamentablemente no tuvo continuadores. Porque ¿quién se ha atrevido a indagar sistemáticamente en esa subjetividad que produce la cultura militar?. Ahí hay una clave. Porque el militar no es el monstruo pero tampoco es el “hombre común”. Se trata de comprender la singularidad de una persona que entró a los 14 o 15 años a un instituto militar y que fue sometido a un régimen de resocialización para terminar pensando que forma parte de una casta (que vive en urbanizaciones especiales, que se casan entre ellos, que visten su uniforme fuera de sus recintos, que forman parte de una verdadera “familia” que demanda lealtades incondicionales y “pactos de silencio”). Ahí es donde creo que hay que buscar el mal, algo anda mal ahí. Las recientes fotografías que han aparecido en la prensa chilena y las redes sociales, en las que se muestra a conscriptos sometidos a vejaciones ayer y hoy, algo dicen de esa anomalía. La forma en que se aprende la cadena de mando a través de curriculums no escritos, también nos debiera decir algo de aquello que no va bien, en un sector de la sociedad que además tiene el monopolio de la fuerza. Peligroso, por decir lo menos.

Habría que analizar si la banalidad es parte de esa resocialización. ¿Por qué sabemos tan poco de aquellos que renunciaron a apoyar el Golpe de Estado y la posterior violencia?, porque son memorias inconvenientes, porque expresan un desvío a la resocialización en la obediencia y la irreflexividad. Porque, como dijo Arendt, un adulto consiente allí donde un esclavo o un niño obedecen.

Ha faltado coraje para estudiar al mundo militar y su ideología, mientras ahí podría estar la clave de las profundidades a las que nos enfrenta el libro. La descomposición moral de las Fuerzas Armadas y de Orden absurdamente hoy resulta más evidente a la opinión pública por los fraudes cometidos por el Ejército y Carabineros. No es equivocada entonces esa imagen descompuesta del perpetrador que exhiben las obras, la descomposición física estuvo sin duda antecedida por la descomposición moral, y los cuerpos descompuestos son sólo la última fase de ese trayecto.

Ahora quisiera detenerme en el análisis de las obras que se presenta en la segunda parte del libro, en algo que me ha parecido también otro de sus aportes, que es la posibilidad de abordar las distintas figuraciones del mal en la

escenificación de las mujeres que colaboraron con la violencia y el terror estatal. Me resulta curioso que las obras presenten una mayor complejidad y pluralidad en estas figuras femeninas, tanto en las obras analizadas como otras citadas en el libro. Es en el caso de las mujeres donde se ha figurado más ampliamente el mal, y donde podemos reconocer a quienes muchas veces no aparecen en estas mismas obras en su rol masculino, es decir a los civiles, porque en el caso de los hombres persiste más el perpetrador institucional/militar a cargo del ejercicio directo de la violencia. Pero ¿y los civiles?, los mal llamados “cómplices pasivos”, los burócratas como Eichmann gracias a los cuales fue posible ejecutar el terror estatal justamente como parte del aparato estatal, o que se prestaron solícitos a la tarea de exterminio del ideario y orden revolucionario de la Unidad Popular. Los jueces que negaron recursos de amparo y con ello contribuyeron a legalizar el crimen, otros que sin poder oponerse decidieron mejor expresar su pública adhesión al régimen, en vez de mantener el ostracismo, y así, suma y sigue.

Esta pluralidad de posicionamientos, al menos en el caso de las mujeres, es lo que nos permiten ver tanto las obras como el análisis que de ellas ofrece el libro, contribuyendo a la visibilidad de algo que ha permanecido invisible, como es el destino de los perpetradores, y más aún el alcance que de ellos ha hecho la limitada justicia por los crímenes cometidos. En este sentido creo que el aporte de la producción cultural a una memoria cultural de la justicia es también fundamental. Aunque no haya habido justicia jurídica, al menos habrá justicia en nuestros imaginarios y en las formas en que la producción artística grabará en nuestras memorias a los perpetradores y su mal hacer. Esto no es un ánimo de sustitución de la justicia jurídica y del castigo, pero las constricciones del proceso jurídico no pueden llevar a la sociedad a renunciar a su derecho de ejercer el castigo desde distintos espacios. En este sentido figurar al mal y a los perpetradores en escena es también una forma de intervenir una memoria pública que los ha protegido del escarnio.

Referencias Bibliográficas

- Arendt, Hannah (2005). *Eichmann en Jerusalén*. Barcelona: De Bolsillo.
- Assman, Aleida. (2011). *Cultural Memory and Western Civilization: Functions, Memory, Archives*. London: Cambridge University Press 2011.
- Lechner, Norbert (2002) *Las sombras del mañana La dimensión subjetiva de la política*. Santiago: Lom.